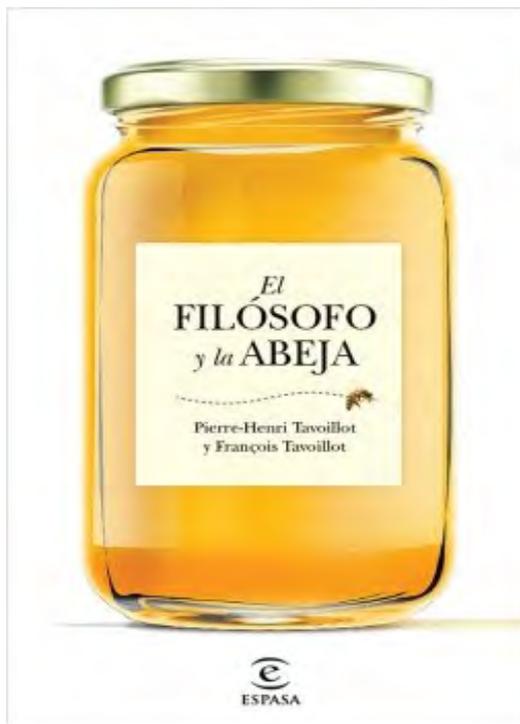


PIERRE-HENRI TAVOILLOT Y FRANCOIS TAVOILLOT,

El filósofo y la abeja, Ed. Espasa, Ciudad de México, 2017, ISBN 978-607-747-343-5

Este libro es el resultado del encuentro entre un apicultor del Alto Loira y un filósofo de la Sorbonne que, además, son hermanos. De esta convivencia nace el interés común por la filosofía y las abejas, consideradas por los autores la especie animal que mayor interés despierta como tema de investigación y de preocupación, e incluso de miedo,



expresado en la profecía adjudicada a Albert Einstein, según la cual. "[...] si desaparecieran las abejas, al hombre solo le quedarían cuatro años de vida". Tan singular asociación entre el destino de estos insectos y el de la Humanidad se expresa también en mitos y leyendas ancestrales donde se menciona que múltiples culturas han encontrado en la colmena el modelo de sabiduría, de modo tal, que la vida de las abejas nos conduciría a la filosofía y permitiría hablar de la colmena como una escuela filosófica. Para profundizar en esta particularidad es que los autores dividen el libro en seis partes, como no podría ser de otra manera, para referirse a estos insectos de seis patas que fabrican alvéolos de seis lados (p. 14). Comienza esta recorrido con el Mito de Aristeo que relata el origen y la extinción de las abejas así como a la decisiva presencia dentro del Olimpo. A continuación aluden a los aportes de

Aristóteles, Virgilio y Porfirio al modelo de la colmena como representación del Orden del Cosmos. Una tercera etapa alude a la filosofía cristiana representada por Clemente de Alejandría, San Ambrosio, San Agustín hasta Lutero. En una cuarta parte ubican el uso político de la figura de la abeja y la colmena que sirve para caracterizar todos los regímenes políticos conocidos. La quinta parada de este recorrido alude a la abeja humanista, es decir, a las nuevas concepciones literarias y artísticas del Renacimiento y el Siglo de las Luces. En el último capítulo aluden a las transformaciones de la sociedad tecnocientífica donde la metáfora de la abeja permanece vigente y apta para caracterizar también las transformaciones del capitalismo. Las seis etapas de este viaje, visto a vuelo, no de pájaro sino de abeja, es el siguiente:

Capítulo 1. La abeja mitológica: Este primer capítulo, luego de un detallado relato del origen de Aristeo, el guardián de las abejas, concluye que este mito nos sigue hablando hoy en día de la necesidad de control contra la *hybris*, en esta época dominada por la ciencia. La abeja representa el equilibrio entre lo natural y lo adquirido, ya que

la miel, aun siendo un producto de la naturaleza, está elaborada. La colmena supone una mediación, una enseñanza de cómo pasar del mundo puramente salvaje, al mundo civilizado donde hay que evadir el peligro de volcarse completamente a uno u otro polo. Si la Humanidad se vuelca completamente al mundo de la civilización perece por exceso de cultura y si se entrega exclusivamente al mundo salvaje corre también peligros de extinción. Las comparaciones y analogías tienen una función también moralista, en este caso, la lección es encontrar la medida, no caer en el exceso y mantener el equilibrio.

Capítulo 2. La abeja cosmológica: Aquí la abeja aparece como la víctima inocente de la intervención, no siempre benéfica, del hombre sobre la naturaleza. Este insecto llamó la atención de Aristóteles, quien dedicó una parte importante de sus escritos sobre los animales a detallar el orden de la colmena, la que representa, para este filósofo, un microcosmos dentro del gran Cosmos y lo que indica también una armonía entre lo más pequeño y lo más grande.

El estudio detallado del comportamiento de la colmena permite inducir teleológicamente el comportamiento del Universo. Para Aristóteles, la abeja es un *insecto* a la vez *prudente, político y divino* (p. 40). A diferencia del hombre, la abeja es prudente y política de manera natural. Los autores, citan los textos donde Aristóteles compara la racionalidad de las abejas con la del hombre para destacar que no son inteligentes ni por deliberación ni por sabiduría, no necesitan del *logos* (de la palabra) para organizar la *polis* que vendría a ser la colmena. Las califica de divinas por el tipo de reproducción, completamente anómala respecto al resto de los animales, ya que engendran una especie distinta a la propia, engendran algo mejor, lo que les otorga una dimensión ontológica para comprender el origen de todo lo que existe. Las obreras no son engendradas por obreras sino por sus jefes. Para Aristóteles, esta nota permite entender el pasaje del no ser al ser y liga a las abejas con lo humano aunque marca también en qué rasgos se distinguen. En la colmena hay al menos tres clases de habitantes cuyo sexo es incierto y misterioso: los reyes, los zánganos y las obreras. Destacan los autores que durante varios siglos los científicos se dedicaron a leer a Aristóteles antes que a observar a las abejas y que hubo que esperar hasta que el naturalista Swammerdam (1637-1680) viera, en un microscopio, que el rey de las abejas era reina. Estudios posteriores permitieron determinar el proceso de reproducción. Entre los latinos, Virgilio sigue los estudios de Aristóteles y escribe un compendio sobre los usos filosóficos de la abeja ya que, al igual que otros latinos, ven en la abeja la suma de los ideales cívicos en la unión de “trabajo, familia, patria”. Así, la abeja de Virgilio “[...] revolotea desde el Jardín epicúreo hasta la Puerta estoica” (p.72). Tanto para unos como para otros, se asemeja al ideal del sabio helenista. Con Porfirio aparece una interpretación de raigambre platónica del comportamiento de las abejas, como no podía ser de otra manera, Platón no permaneció indiferente ante la singularidad de este insecto ejemplar, apto para modelizar la *polis*.

Capítulo 3. La abeja teológica: Comienza el capítulo señalando que en el Nuevo Testamento no aparece ninguna mención a las abejas, lo que es muy asombroso dado que en el Antiguo Testamento los símbolos de la miel y el maná se reiteran. Esta llamativa ausencia podría explicarse por la necesidad de entronizar a Cristo como quien centraliza el mensaje de Dios y ya no entran aquí las abejas revoloteando entre el cielo y la tierra, quizás por considerárselas como un símbolo demasiado pagano. Este rigor “antiapícola” se desvanece en los escritos de la Patrística. Las abejas vuelven a los textos

sagrados en Alejandría a partir del Siglo II con Clemente de Alejandría y luego su discípulo Orígenes. Con un argumento que se sostendrá incluso hasta autores modernos, los Padres de la Iglesia afirman que Dios colocó a las abejas y a las hormigas como ejemplos de vida ordenada para que los hombres se sientan humillados ante esta superioridad y las imiten, es decir, Dios las coloca como paradigmas de lo que espera de nosotros. La abeja cristiana pasa a ser una especie de consejero o guía espiritual. Desde los griegos, llama la atención en la abeja su castidad, lo que en el cristianismo la hace asimilable a la Virgen María y a su Inmaculada Concepción. Del hecho de que nadie ha visto copular a las abejas y sin embargo se reproducen. San Agustín, ubica el origen de la vida en un principio anterior y ajeno a la sexualidad. Esto le permite afirmar que: “Dios es el único creador verdadero y distribuye su polen seminal que los seres vivos reciben para reproducirse” (p. 113). En este capítulo se citan distintos autores cristianos, incluso a Lutero, quienes señalan un aspecto negativo en el comportamiento del enjambre cuando abandona la colmena y migra hacia otros destinos. Este comportamiento servirá para simbolizar el peligro herético que será asimilado a la injerencia del Diabolo para destruir el orden sagrado. Aquí vemos que hay una valoración ambigua de estos insectos ya que en tanto forman parte de la colmena su conducta es ejemplar para el cristiano, incluso de la vida monástica, pero en los casos de “enjambamiento”, de abandono de la colmena, el “enjambre herético” será visto como un efecto de la intervención del mal, donde “el Diabolo mete la pata” (p. 123) para desviar a los espíritus débiles del recto camino. Destacan los autores, que es el propio Lutero quien denomina con el término alemán “Schwärmerei” la enjambrazón, que sería el abandono de la colmena, símbolo de la unión, como el adversario de la verdadera fe. Este uso se replicará en autores posteriores que ven en esta conducta de las abejas el rasgo de la presencia del mal en los hombres.

Capítulo 4. Políticas de la colmena: En este capítulo los autores agrupan a los principales exponentes de la filosofía política de la modernidad quienes insistentemente recurrieron a la abeja y a la vida de la colmena como metáfora para tipificar el orden ideal de la sociedad humana. Destacan que, además de producir miel, cera, polen y jalea real, las abejas producen el propoleo que es una pasta viscosa que sirve para aislar a la colmena de invasores, con poderes antisépticos y antihongos. La etimología del término es discutible pero una de ellas afirma que “propoleo” deriva de “pro-polis”, lo que preserva a la *polis* de la corrupción. A partir de adoptar esta idea es que afirman “[...] escuchemos el zumbido de la abeja cívica, quien, sin duda, será capaz de contarnos la historia de la filosofía política” (p. 128). Como franceses, los autores destacan en primer lugar el uso de la figura de la abeja, junto al águila, como símbolo del Imperio con Napoleón. El día de la consagración de Napoleón, 2 de diciembre de 1804, la abeja triunfa en Notre Dame, afirman que, su imagen aparece en todos lados, incluso aparece bordada en el manto imperial. Victor Hugo, con ironía, alude a la pequeñez de las abejas, para asociarlas a la baja altura del emperador, en un célebre poema titulado “Las abejas y el manto imperial”, donde les pide a las abejas que ataquen al que ha dejado de estar a la altura de su simbolismo: Napoleón el pequeño. La abeja produce la miel pero tiene un aguijón para atacar a los enemigos. Esta doble cualidad, dulce pero agresiva con quien la ataca, es visto como símbolo de la monarquía y también de la aristocracia. La literatura apícola reaparece en Francia, Inglaterra y las nuevas repúblicas americanas con la exaltación de los valores de la abeja republicana. Thomas Jefferson afirmará que las abejas del continente americano no son monárquicas sino republicanas. En esta nueva valorización democrática del reparto de

tareas de la colmena, las abejas obreras serán consideradas como las que sostienen la vida, las que producen y protegen a la vez a la reina y los zánganos. Este cambio de concepción anuncia una ruptura con la justificación de otros órdenes políticos donde es el jefe el que preserva la unidad de la comunidad. Los autores repasan el pasaje donde vemos a la abeja convertirse en un símbolo ácrata, comunista y liberal en distintos autores. Para ello citan pasajes de Proudhon, Saint-Simon, Marx, Bachofen, Thiers y Mandeville.

Capítulo 5. La colmena humanista: En este capítulo los autores aluden a escritores de la primera modernidad como Michel de Montaigne, Jonatham Swift, el autor de *Los viajes de Gulliver* y Francis Bacon, quienes prestaron atención a la oposición simbólica entre insectos como la abeja, la araña y la hormiga para caracterizar distintas actitudes humanas frente al poder e incluso frente al conocimiento. La abeja, destacada por su capacidad de trabajo, será el ejemplo de actitud científica para Bacon (p. 181). Incluso Nietzsche no fue ajeno a la comparación de lo humano con las abejas cuando afirma que, así como la abeja construye con la cera que obtiene de la naturaleza, el hombre se eleva de la materia y construye con los conceptos qué no debe fabricar más que a partir de sí mismo (p. 185).

Con la difusión del microscopio se produce una revolución en el conocimiento de las abejas ya que son objeto de investigación desde los más rudimentarios del siglo XVI en adelante. Los autores detallan los principales aportes a este tema de naturalistas que intentan penetrar en el misterio de la reproducción y organización social de estos insectos sin que ello les quite mérito para seguir polinizando la literatura y la filosofía.

Capítulo 6. La abeja hipermoderna: Luego de este exhaustivo y documentado recorrido por la historia “meliso filosófica”, del uso recursivo de la metáfora de la abeja y la colmena para tipificar la condición humana en sociedad, el último capítulo de esta singular “apicultura” propone una interpretación de las transformaciones de la sociedad a partir de las innovaciones tecnocientíficas, que incluso ponen en riesgo la continuidad de la especie humana en el planeta bajo el título de “La colmena 2.0” para señalar que la metáfora sigue viva, que se reanima también en nuestro mundo poblado tanto por el *buzz* de la era de Internet como por el *dron* (abejorro).

Otras dos secciones recorren el libro: los florilegios y las polinizaciones. A lo largo del libro, los autores nos acercan párrafos de las obras citadas durante la exposición de los capítulos donde encontramos autores griegos, modernos, contemporáneos y otros de difícil ubicación en los manuales de filosofía bajo la metáfora de los florilegios. Las polinizaciones contienen textos que podrían alimentar una Historia de la ciencia respecto a las abejas y la vida de la colmena ya que señalan distintos avances en las teorías acerca de la vida de estos tan singulares insectos.

En sus conclusiones, los autores nos recuerdan que, “saber” y “sabor”, son términos con significados emparentados y que la conducta de estos pequeños insectos sigue siendo “un agujón para el pensamiento”.

CRISTINA AMBROSINI